

## Ratón del campo, ratón de la ciudad

***Pelegrinelli, D.***

Directora del Museo del juguete de San Isidro  
[direccion@museodeljuguetesi.org.ar](mailto:direccion@museodeljuguetesi.org.ar)

**Cita:** Pelegrinelli, Daniela. 2015. “Ratón de campo, ratón de ciudad” en Revista *Lúdicamente Dossier especial*, Vol. 4, Nº7, Año 2015 mayo, Buenos Aires (ISSN 2250-723x).

*Este texto fue recibido 20 de Febrero de 2015 y aceptado para su publicación 10 de Abril de 2015*

Hice los primeros años de escuela en el campo, en una escuela rural del paraje El Resero, en Pringles. Era la escuela Nº 33 “Perito Francisco P. Moreno”. Todos los alumnos sabíamos que la P era de Pascasio y que este Moreno había sido un naturalista, explorador y fundador de un museo. La escuela estaba repleta de colecciones de piedras que habían llegado de regalo desde el Museo de Ciencias Naturales de La Plata. La alusión directa a la vida en la naturaleza no resultaba del todo ilógica, ya que la pequeña escuela se alzaba en medio de un escenario natural parcialmente domesticado: un recuadro de terreno recortado en la pampa. Allí, los recreos duraban media hora y transcurrían en ese amplio espacio delimitado por un alambrado que separaba la escuela de los campos vecinos. Mis compañeros de clase y de juegos tenían diferentes edades y origen social, eran hijos de peones, de encargados, de puesteros, de propietarios.

Durante esa media hora jugábamos a tantas cosas que serían imposibles de enumerar. Imagínense un amplio cuadro –como le llaman en el campo a los trozos delimitados de tierra destinados al ganado o la siembra-, el alambrado lejos, y una veintena de chicos y chicas de entre 6 y 13 años cursando su escolaridad en la primera mitad de los setentas. Me veo caminar mirando el piso con atención desmedida, acompañada por otros tantos ensimismados entre risas y gritos en la misma tarea. A veces llevaba un rato encontrar una cueva. Después había que hacer unos cuantos viajes hasta la bomba para volver con el agua suficiente para inundar la cueva hasta hacer salir a la culebra que la habitaba. Los chicos no tienen demasiado conciencia del cuidado de la naturaleza, o nosotros no la teníamos. ¿Era eso un juego? Lo hacíamos como si lo fuese.

Cada tanto nos mandaban un tractor que cortaba el pasto. Quedaba un tendal de pasto recién cortado, fresco y húmedo, que era perfecto para jugar a hacer montañas, nidos, parvas, donde arrojarse con delantal blanco y todo.

Cuando el invierno era tan frío que estar afuera era imposible, se imponía una rayuela bien escolar, hecha con tiza robada sobre las baldosas de una minúscula galería que en esa época me parecía más grande. Me fascinaba el ruido que las zapatillas Flecha de A. hacían en esas baldosas. Yo quería esas zapatillas, pero mi mamá me hacía ir a la escuela de zapatos.

El cambio de estación modelaba los rituales de esos juegos silvestres, y cuando llegaba la primavera y el verano aprovechábamos la sombra de los pocos árboles del lugar. Algún noviembre, con mi compañera de grado M. hicimos una casa completa bajo esos árboles. La vajilla eran elementos en desuso, las mesas y sillas de piedras y troncos, y estaba totalmente decorada con trocitos de papel glacé metalizado adheridos a las ramas y los yuyos. El sol hacía brillar esos retacitos y de eso se trataba por esos días el lujo. Los escenarios de juego son instalaciones y los juegos en sí son happenings, irrepetibles y frágiles, expresión cabal del mundo imaginario y dinámico de los jugadores. Volvíamos a nuestra casita rústica y a la vez luminosa todos los días de vaya a saber cuántas semanas, para embellecerla cada vez más y sobre todo para habitarla, hasta que llovió.

Fui a esa escuela hasta cuarto grado. El acto de fin de año fue a la tardecita de un día caluroso y cuando llegó la noche el extenso patio-campo de la escuela se llenó de luciérnagas. Tratar de atraparlas para retenerlas unos segundos en la mano es uno de los últimos juegos que recuerdo, tan espléndido como aquel otro –jugado en el patio rural de otra escuela vecina- que consistió en correr por horas en un alfarfar entre centenares de mariposas.

Al año siguiente fui a una escuela del centro, con cientos de alumnos y el descanso ordenado en tres recreos de diez minutos cada uno. Los juegos eran urbanos: la payana, los intercambios de figuritas del álbum Vida y Color, el elástico.

